

# De la magia, a la melancolía

*"Para un auténtico cronopio, a quien busco todos los días, al amanecer"...*



*Lo suave, lo fresco, el viento... Lidia Corcione*

# M

i primer detonante ocurrió exactamente, el 31 de marzo de 1983, cuando, estando de visita en casa de mis padres en Cartagena, me contaron a las 9 a.m. que hubo un terremoto en Popayán, ciudad blanco pureza, donde residía con mi esposo Carlos Mario y mis dos hijos: Juan Manuel y Julia Raquel.

Desde ese día, duré casi una semana sin tener noticias de Carlos Mario y mi pequeño hijo Juan Manuel. Entonces, comencé a hacer cosas raras: pasaba intempestivamente de la risa a carcajadas hasta el llanto más sentido. Con la niña en brazos, salía desde las 3 a.m. a caminar por la bahía y por la playa, vestida de negro, tratando de encontrar "un mensaje" que me explicara por qué se destruyó Popayán, justo cuando yo la dejaba definitivamente. Por qué se

cayeron la universidad, el periódico donde escribía, la finca donde jugaban los niños y todas las callecitas y plazas de la ciudad blanca.

Coincidentalmente, durante esos días, Cartagena cumpliría sus 450 años y resolvieron colocar a la Virgen del Carmen, la patrona de los navegantes, en la mitad de la bahía, con su niño cargado. Pensé que mis alumnos me estaban haciendo un "homenaje", por haber soportado estoicamente, repetidas "persecuciones" de mis colegas en la universidad.

Carlos Mario, que se había llevado a Juan Manuel a Popayán, me aseguraba en el teléfono que los niños debían evacuar la ciudad. Estaba muy triste, por la inexorable separación que coincidió con el terremoto que destruyó a Popayán el 31 de marzo de 1983, mientras la virgen dolorosa era llevada en andas por las calles del centro histórico. Carlos Mario tampoco me perdonaba por dejar "tiradas" las banderas del trotskismo que nos había unido desde 1976, manifestación sociológica que acompañó a toda la

generación de los años setenta.

Los médicos se demoraron en diagnosticarme... El cuádruple golpe de perder a mi hijo, a mi ciudad de residencia, a mi universidad y a mi periódico, era un motivo suficiente para entrar en crisis. Pero no superaba la depresión días y meses después de mi "caída". Entonces, Dorothy Johnson, directora de la fototeca histórica de Cartagena, me daría un libro de Anne Morrow Lindbergh donde narraba el secuestro de su hijo, para que yo me inspirara en su ejemplo y así, pudiera "resucitar" y me levantara de la cama.

Finalmente me rotularon: usted es maniaco depresivo, me dijeron. Y comenzaron a medicarme con un verdadero coctel de pepas que me administraba mi hermana Sonia, recién llegada de México. Aunque mis ocho hermanos me rodearon, ella parecía ser la única que entendía de qué se trataba la enfermedad. Entonces me acompañaba en mis procesiones nocturnas, y en mis rituales al amanecer. Todos los días, yo coronaba a mi hija de dos años con



*Todos los días amanece, y todos los días la vida vuelve a renacer. Foto Lidia Corcione*



Vegetación Caribeña. Lidia Corcione

cayenas rojas que recogíamos en el parque, mientras le decía, “hay que seguir, hay que seguir”.

Cuando pasaron cuatro meses, regresé a Popayán para buscar a mi hijo, pero estaba con su padre en Europa. Me despedí de mis amigos en el periódico y en la universidad. Popayán estaba lleno de carpas verdes, y en las noches, las familias, cultivando la más cálida fraternidad, se turnaban entre sí para montar la guardia para “protegerse”.

Como en mi última columna periodística había escrito con un título que decía: “Sacudiendo la inercia”, la enfermedad me hacía creer, que yo era “culpable” por haberme anticipado a semejante sacudón. Pero mis colegas me apoyaron y me dieron la confianza necesaria para levantarme definitivamente de la ciudad derrumbada y recuperar así la custodia y tenencia de mi hijo ausente.

\*\*\*\*\*

...Conseguí trabajo enseguida en la Universidad Javeriana, en *El Espectador* y en el Colegio Rochester. Pero en noviembre del mismo año, volví a decaer por la ausencia de mi hijo... Un año después, luego de un juicio digno de una telenovela mexicana,

recuperé a Juan Manuel y, por fin, logramos construir un hogar de tres personas, siendo yo “cabeza de familia”, Juan era el protector de su madre y de su hermana, y Julia, pese a solo tener cuatro años, parecía ser la que nos daba instrucciones, y nos señalaba el rumbo a seguir.

En casa de los abuelos crecieron juntos... pero con muchas carencias económicas y afectivas: el padre en la distancia, perseveraba en las ideas del trotskismo, y la madre vivía sus crisis, cada año, cuando se acercaba diciembre. Al llegar las depresiones, ellos me daban ánimos. Cuando llegaban las manías, ellos me atajaban la euforia y me alejaban del peligro.

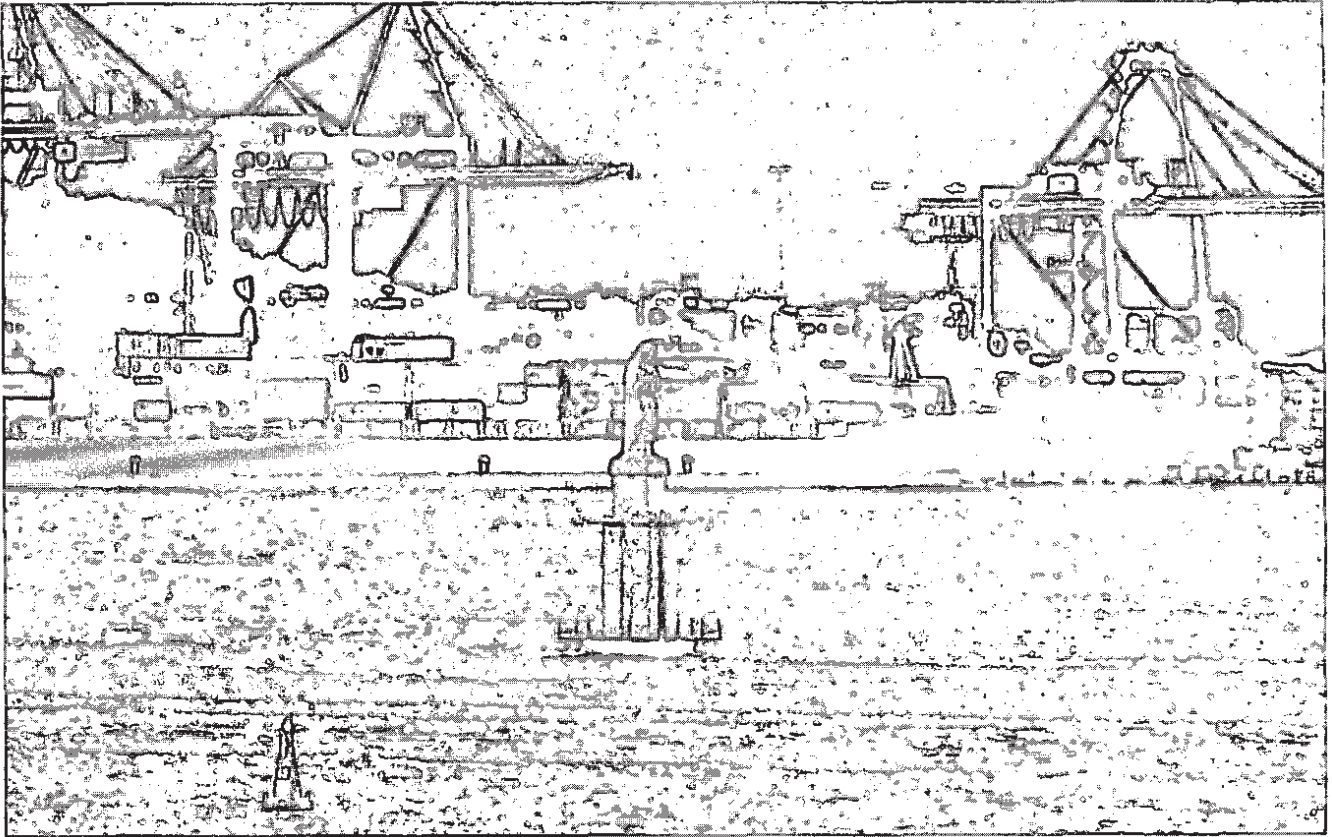
Aunque Juan estudió su primaria y bachillerato en Cartagena, en vacaciones paseaba con su padre por parajes exóticos, pescando, acampando, y conociendo pueblos y veredas del país.

Gracias al apoyo de mi familia extensa, Juan y Julia aprovecharon las ventajas de vivir en casa de los abuelos: Juan leyó todas las enciclopedias y revistas de papi viejo, y Julia escribía con emoción cuentos y ensayos inspirada en la imagen de su “grandma”, de sus tías y de su madre. En la familia eran famosas sus historias: “La soledad de doña Soledad” y una más cálida, llamada, “Mi osito se va”.

Luego de graduarse en la Universidad Javeriana, gracias a la voluntad de su abuelo Ricardo, Juan Manuel viajó a Italia “a crear empresa para publicar las palabras de las dos mujeres de su vida”: su madre, y su hermana. Pero un buen día, Juan comenzó a organizar a los colombianos que eran “explotados” en Europa. Y esta actividad solidaria con los desposeídos, le produjo su primera crisis paranoica y su madre le pide que regrese inmediatamente a Cartagena, en marzo de 2006.

\*\*\*\*\*

Juan Manuel llega a Cartagena en un estado deplorable: supremamente delgado, y “huyendo” de los que querían “asesinarlo”. Su abuelo, “don Vito Corleone”, o papi viejo, inmediatamente captó que



*La virgen del Carmen, protectora de los navegantes, 1983*

era una crisis irreversible. Así, duró Juan Manuel, siete años luchando contra una crisis más grave que la de su madre. Su estado catatónico en diversas ocasiones, su intento por cruzar a nado la bahía de Cartagena, su intento de “salvar a la humanidad” en mayo de 2012, cuando ingirió una veintena de objetos que por poco le perforan el estómago, eran una demostración tangible de que lo suyo era “esquizofrenia”, o “trastorno esquizo-afectivo”.

El 26 de mayo de 2013, luego de muchos intentos por sobrevivir, por amar sin fronteras, por vivir una vida plena, Juan Manuel tomó su decisión al amanecer. “Mamá ya llegó *El Universal*”, me dijo dulcemente. Compartimos la lectura del periódico como lo hacíamos siempre, se fumó un cigarrillo en el balcón, y me dijo suavemente: “Adiós mamá, ya tengo que irme”... Traté de irme tras él, y me aferré a sus pies. Pero era inútil: Juan Manuel pesaba 130 kilos, y sentí cómo sus pies se deslizaron lentamente por mis manos.

\*\*\*\*\*

Hoy, tres meses después, me pregunto: ¿por qué él, de 34 años, se fue primero... y yo sigo atada a la palabra escrita, como una forma de “re-hacerme” todos los días? Creo que he sobrevivido a treinta episodios mixtos de la enfermedad que hoy se llama “trastorno afectivo bipolar”, que suena más elegante. Mi presencia en este foro, es en sí misma un milagro que da sentido a mi vida. Si desde la comunicación, logramos que nuestros pacientes mentales, nos ayuden a construir una sociedad más incluyente, más libre y más sana, se justificará que día a día escriba versos, ensayos, crónicas y comentarios, que dejen traslucir el sufrimiento y el goce de padecer una enfermedad, muy dura de sobrellevar. Después de todo, lo único que podemos brindar a los demás es eso, “nuestro propio granito de verdad”.

Creo que me encuentro despierta en el momento más difícil de mi vida. A veces siento que no volverá a amanecer nunca más. Pero todos los días llegan las

seis de la mañana, y todos los días salgo a trabajar, cruzando la misma calle donde el 26 de mayo de 2013 me despedí de él para siempre. Al contrario de lo que hacían la mayoría de los pacientes mentales, todo el mundo en Cartagena sabía que Juan Manuel sufría una enfermedad... Yo quería estar segura de que dada una emergencia, la gente supiera cómo lo podrían ayudar.

“El hombre normal es el que trabaja y ama”, decía mi profesor de filosofía, en la década del 70 en Bogotá. Confieso que yo tenía la esperanza, hasta el final, de que algún día Juan formaría una familia y adoptara un niño. Pero la naturaleza no le permitió alcanzar esa meta. Ante la imposibilidad de lograr esa plenitud, libremente, sin rabia contra nadie, Juan decidió “volar” y asumir lo que él llamó “su destino”: enviar un mensaje contundente a sus congéneres para hacer la vida más digna, más justa y más buena.

Su vida se me aparece como una lección de amor: siempre pensaba en los demás, en transmitir los “mensajes” que dios le manifestaba para “liberar” a la sociedad de la soledad, del absurdo, del descontento.

*\* Sara Marcela Bozzi  
Directora Revista Unicarta.  
Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad  
de La Laguna, España.*